

Introducción

Este libro está pensado para ayudar en la tarea de asesorar a jóvenes entre 16 y 25 años. Se trata de ayudarles a que lleguen a su plenitud y desarrollen sus capacidades humanas.

Según la formación previa recibida que tengan, estas páginas servirían a un joven con formación, para entender mejor aspectos de Antropología. Si no figura en su programa académico, sirve a quienes desean conocer temas que han sido objeto de estudio en Occidente desde Sócrates hasta la actualidad. Está pensado para un uso flexible, que el orientador hará un uso variado, según a quien asesore, enfocando los temas del modo más oportuno. El arco entre los 16 y 25 años se debe no tanto a una cuestión de edad, como del momento en el que es posible asimilar el contenido del texto. En algún caso podrá ser un material para formadores, en otros puede ser el mismo destinatario quien lo lea.

Quien no sabe responder a la pregunta ¿quién es el hombre?, está limitado para ayudar. La antropología estudia al hombre; abarca aspectos diferentes y tiene enfoques diversos; pero se deben evitar planteamientos reduccionistas; la tarea del educador es abrir horizontes y ayudar a concretar las metas. Hay varias ciencias que afectan al cuidado y desarrollo personal, desde la medicina hasta

el derecho, pasando por las que entran en el apartado de *humanidades*. Un texto romano del siglo II a. C., señala: *nada de lo humano me es ajeno*; si ha pasado a la historia no es por la fama de su autor, sino por reflejar el sentir de quien comunica algo valioso. La biología tiene aspectos que aportar, como la literatura, la filosofía, etc. El ser humano se puede estudiar en el amplio abanico que hay entre la química y la metafísica. Reducirlo a una dimensión, es renunciar a conocerle. Para un creyente, ese horizonte se amplía al contar con una dimensión de la persona que es decisiva porque aporta el conocimiento de un Dios que nos quiere personalmente y sin condiciones. Además ayuda a entender el destino del ser humano.

Se equivoca quien olvida que debe alimentarse y que debe acudir al médico si está enfermo, como lo haría quien olvidara dimensiones que por no ser tangibles, no dejan de ser reales. El amor, que es el fin más elevado al que estamos llamados, ni se cuantifica ni se reduce a pulsiones; lo mismo pasa con la libertad, etc. La persona no es equiparable ni al resto de seres vivos ni a los incorpóreos. El cuerpo y el alma están íntimamente unidos y se necesitan mutuamente. Ver en las personas solo cuerpos es reducirlas a su parte material; un error similar sería el de quien solo se fijara en la dimensión espiritual.

La educación en el contexto humano

Kant describió la educación como *el desarrollo de toda la perfección que el hombre lleva en su naturaleza*. Siglos antes, Platón dijo que *educar es dar cuerpo y ánimo a toda la belleza y perfección de la que somos capaces*. La existencia del alma humana es afirmada antes del siglo V. a. C.; uno de los que mejor explicó la naturaleza e inmortalidad del alma fue Sócrates; así lo refleja Platón; Aristóte-

les llegó más lejos, por conocer lo estudiado por esos predecesores. Así describe Dickens la capacidad del corazón: *un instrumento de muchas cuerdas; el perfecto conocedor de los hombres las sabe hacer vibrar todas, como un buen músico*. La educación tiene parte de instrucción, que va desde lo cotidiano, como atarse los zapatos o limpiarse los dientes, hasta lo sublime, que es amar mucho y bien. El amor ayuda a valorar la dimensión trascendente. Cuando Viktor Frankl escribió *El hombre en busca de sentido*, recordaba que en su estancia en un campo de concentración nazi, veía que si una persona perdía el deseo de vivir, moría a las pocas horas. Las personas buscamos sentido a nuestra vida. Alejandro Magno tuvo como preceptor a Aristóteles, elegido con cuidado para confiarle esa tarea. Nerón tuvo a Séneca como maestro, si bien, años más tarde ignoró su enseñanza. Casi siempre los aspectos más importantes de la tarea educativa lo llevan a cabo los padres, que tienen el mejor medio para hacerlo: el amor a sus hijos. El amor dilata las pupilas; ayuda a ver lo que otros no ven, a conocer lo que otros no perciben y a dar lo que otros no dan. Por eso, el hogar debiera ser un entorno en el que seamos valorados por lo que somos, no por lo que tenemos.

Educar requiere capacitarse, pero sería exagerar pensar que para ser buenos padres o tutores hubiera que hacer un doctorado. Basta ser conscientes de que cada persona es única e irreplicable; cada cambio es un reto que requiere de un aprendizaje. El ser humano tiene inteligencia, voluntad y afectividad. Si se pierde el equilibrio entre estas áreas, se puede caer en el racionalismo, en el voluntarismo o en el sentimentalismo. Cada una tiene su misión y debe ser atendida, pero sin invadir el campo propio de las demás. Para llegar a la madurez es preciso educar las tres. Así, se le dan conocimientos, se les ayuda a adquirir hábitos y al aprendizaje para gobernar inteligentemente los sentimientos, afectos y pasiones. Se educan personas, y al actuar usamos varias capacidades a la vez.

Que se delimiten áreas de actuación tiene como fin ayudar a enfocar la lucha, pero sin perder de vista el conjunto que la persona. Cuando un médico opera una rodilla, se centra en esa parte del cuerpo, pero no debe olvidar que opera a un ser humano.

Dimensiones de la persona

En los capítulos siguientes se abordan varios temas educativos. Faltan otros, pero no pretendemos agotar la cuestión, de ahí que nos centremos en algunas áreas, por su especial significado o por requerir más cuidado, como es el señorío sobre los bienes materiales al vivir en sociedades consumistas.

El entorno, la publicidad, la atracción de los objetos, empujan a desearlos. Las cosas no son malas en cuanto tales; lo serían si las convirtiéramos en fines que dificulten desarrollar otros bienes como el esfuerzo, la generosidad, la amistad, la solidaridad, etc. Más importante que la moderación al usar las cosas es la libertad o la capacidad de amar; pero quien se ata a las cosas, tenderá a usar a las personas como objetos de placer, o como medio para alcanzar otras metas; no verá a cada persona valiosa de por sí, que es un fin en sí misma.

Necesitamos aprender a dialogar; la tecnología facilita un ocio individual y es fácil caer en dependencias, como sería usar el móvil de forma convulsiva. También la tecnología facilita alcanzar bienes que no lograríamos sin ella. Usar la técnica sin ser dominados por ella exige aprendizaje y entrenamiento. La adquisición de hábitos facilita que sea más fácil lograr algunas metas para vivir desprendidos de las cosas que usamos; puede servir prescindir durante un tiempo de un objeto, disponer sólo de las cosas que vayamos a usar, sin acumular objetos sin necesidad, etc. La dimensión espiritual permite una mejor comprensión de las dimensiones del ser

humano, pero es posible no ser coherentes con esa formación. De hecho, no faltan quienes sin tener creencias religiosas, valoran a las personas y lo manifiestan al tratarles, como se aprecia en algunos profesionales de la medicina, educación, etc.

Un tema de fondo: la libertad

Que los seres humanos somos libres es fácil de decir y difícil de asumir. La libertad es real pero no plena, al estar condicionada. Es una de las mejores cualidades que tenemos si la usamos de forma responsable. Son las dos caras de la moneda, no es posible asumir una y negar la otra; si hay libertad se deben asumir las consecuencias de nuestros actos. Si no hay responsabilidad plena, es porque la ley supone que la libertad no es total, como es el caso de los menores de edad; de ahí que la posible responsabilidad de sus actos la asumen sus padres, por ser sus responsables legales. Eso, a su vez, les da derecho a ellos para tomar algunas decisiones que exceden la capacidad del menor. Para los padres y madres, querer a los hijos es quererlos libres; implica el riesgo de *exponerse* al uso que sus hijos hagan de ella. Así, su crecimiento será propiamente *suyo*, no un reflejo de lo que decidan sus padres; al igual que las plantas no crecen porque la estire el jardinero, sino porque hacen *suyo* los nutrientes, el ser humano progresa en humanidad al ejercitar mejor su libertad y la capacidad de amar, entre otros rasgos. Los padres y tutores buscan el bien de cada joven; en muchos casos, después del consejo y consideraciones oportunas, se retiran con delicadeza para dejarle usar la libertad. Es obvio que al referirnos aquí a jóvenes de 16 a 25 años, hay notables diferencias en madurez y en los temas planteados. Si hemos puesto el límite superior en esa edad es pensando que para entonces, es muy probable que haya terminado su formación reglada. Es el tramo de edad en el

que algunos cursan bachillerato, otros están en la universidad o en centros de Formación Profesional. El criterio fundamental no es el de los estudios que cursen, sino su disposición para crecer en su faceta personal. Lo normal será que no haya cambios bruscos sino una trayectoria coherente con su vida.

Sin libertad no es posible amar; los animales no aman, en sentido estricto; responden con su instinto a los estímulos que reciben, pero no ejercen actos libres y, en consecuencia, no son responsables si muerden a quien invade su territorio. Teniendo en cuenta el valor de los animales en la sociedad actual, puede costar asumir esta idea; pero los perros no van a la cárcel, los humanos pueden ir. A los animales se les adiestra, a las personas se les educa. Tener afecto a un animal es compatible con reconocer las diferencias que tienen con las personas.

Querer la libertad de los jóvenes está lejos de la indiferencia sobre el uso que hacen. Lo razonable es enseñar desde niños a decidir progresivamente en algunas áreas; a la vista de su madurez y del uso responsable, darles una progresiva autonomía hasta que llega el momento de dejarles volar y respetar el uso que hacen de su libertad. Que se equivoquen, a veces forma parte del aprendizaje; ayudarles a asumir sus errores y las consecuencias que se derivan sería lo normal. Bill Gates dijo a los jóvenes en una conferencia que el jefe de estudios más duro será menos exigente que su futuro jefe más blando. Preparar a los jóvenes para incorporarse al mundo laboral supone ayudarles a hacer un uso responsable de sus capacidades. Ni desentenderse de lo que hagan, ni una actitud proteccionista que les convierta en algo similar a un pequeño bonsái al que se le recortan las raíces para que no crezca.

Los padres y tutores motivan a los jóvenes para usar sus capacidades en vivir honestamente. Mientras, su tarea es ayudarles a discernir. El uso de la libertad debiera ir unido al empeño por discernir lo qué está bien y lo qué está mal. Alguna vez, puestos los

medios, se debe estar dispuesto a no tolerar una conducta, aunque el interesado no entienda en ese momento las razones que se le dan; debieran ser situaciones poco frecuentes, pero la influencia sobre sus compañeros o hermanos menores, puede requerir adoptar posturas firmes, aunque cueste. La tarea formativa es lograr que ellos *quieran*; darles formación para que hagan el bien por convicción. Sería un error vivir con miedo a la libertad de los hijos, como lo sería la indiferencia ante el uso que hagan de ella. Ayudarles a crecer es facilitarles amar más y mejor; la libertad y el amor crecen juntas. No es posible amar sin libertad; quien no ama por miedo al compromiso, malgasta uno de los mayores dones disponibles. La forma de ayudarles varía según sus circunstancias.

Sugerencias para usar el contenido

El libro está escrito pensando en los educadores que forman a jóvenes; a veces será un tutor escolar; en otros casos los padres. No siempre coincide el campo en el que inciden, pues su tarea es diferente; no obstante cuando hay confianza, un ideario común, y respeto a las áreas propias de cada uno, es fácil acertar. La mentalidad de padres y tutores debe ser sumar-sumar. Asesorar a jóvenes mayores de edad, es más una labor de acompañamiento, de consejo, de ayudar a valorar, que de decisión sobre lo que deben hacer. Algunas ideas sirven para todos los jóvenes; otras están orientadas, dentro de esa horquilla de edad, específicamente a franjas más concretas.

Se hace alguna referencia espiritual que puede ayudar al lector. A nuestro juicio, algunas metas son difíciles de lograr sin la ayuda de Dios, a quien es aconsejable pedir ayuda. A quien no sea creyente o se dirija a jóvenes en un entorno en el que no sea adecuado hacer esas referencias, si le sirvan esas ideas, bien; si no es

así, las omite. La Gracia, que así se llama la ayuda divina, no suple ni anula la naturaleza, la complementa. Con formación, esfuerzo personal y la ayuda de Dios, lo que parecía imposible pasa a ser posible. Aquí se plantean metas valiosas, pero sin perfeccionismos agobiantes. Todo se entiende mejor si hay metas elevadas por las que luchar para ser mejores.

Por último queremos comentar un posible uso de este material. En cada capítulo incluimos un libro de referencia y una película. Al final del libro se incluye más bibliografía y una referencia más amplia de las películas. Además, sugerimos que se concreten dos objetivos por capítulo para vivir durante cuatro semanas. Sería imposible vivir todo lo que se puede concretar al leer el libro sin orden y dosificación. Se aconseja que los destinatarios del material establezcan una jerarquía de prioridades para centrar la lucha en un aspecto. Se puede usar una hoja Excel en la que anotar dos objetivos claros concretos y evaluables, encaminados a esa meta y que se revise día a día el esfuerzo por mejorar. Se aconseja que, salvo que la respuesta al objetivo sea Sí o No, se evalúe de 0 a 5. Si un objetivo es valorado habitualmente con un tres, es probable que no esté bien formulado. La claridad en la redacción y valoración, debe favorecer saber si se avanza en la meta prevista. Como los hábitos no se adquieren por semanas, se sugiere hacer modificaciones en la formulación de los objetivos, pero sin perder de vista la meta del hábito a adquirir.

Se puede usar cada capítulo por separado, si bien hay un orden lógico en la adquisición de hábitos cabe aplicar lo indicado por el filósofo Leonardo Polo al calificar al ser humano como sistémico; es decir, que todo conecta entre sí. Si se mejora en un aspecto, el crecimiento lo hace la persona. A diferencia de una máquina en la que si una pieza se estropea se cambia por otra, en la adquisición de hábitos, al estar todo interconectado, cada mejoría incide en la persona.

La valoración debiera ser diaria, pues si espera más tiempo la precisión es menor. Es aconsejable que aunque en la primera semana se logre alcancen los objetivos en un 100%, se dedique una segunda semana a asentarlo y, quizá, a una exigencia mayor para vivirlos. Una vez asentados se formula otro, en la línea de la meta prevista para incorporar a nuestra vida ese hábito.

Dos advertencias para el lector, una es que no se sorprenda por el tono diverso usado; nos dirigimos a jóvenes de 16 a 25 años, unos viven con sus padres y otros no. La otra es, aunque los filósofos establecieron el orden ideal en la adquisición de virtudes, en la práctica la cabeza y el corazón actúan como el cuerpo humano con los alimentos. Al comer algo, el organismo se encarga de que las proteínas, vitaminas, etc., vayan al lugar idóneo. Algo parecido sucede con la formación. Se incorpora y pasa a formar parte del bagaje vital, de forma similar a lo señalado con los alimentos.

Algunos de los capítulos de este libro fueron publicados, con algunos cambios, de enfoque y contenido, en un portal formativo: almudi.org, que ofrece, entre otros contenidos, artículos para ayudar al lector o para darle información sobre temas diversos, como se aprecia en ese portal.